



Krešimir Mićanović nació en 1968, en Brčko. Ha publicado poemas y relatos en periódicos nacionales y extranjeros. Forma parte de varias antologías de prosa contemporánea croata. Ha publicado *Dok prelazim asfalt* (*Mientras cruzo el asfalto*, 1988), poemas; *Vrtlar* (*El jardinero*, 1994), cuentos. Ha sido traducido al esloveno y al polaco.

## POST-PAINTERLY ABSTRACTION

Los planos de la ciudad saturados de información no dicen nada acerca de las calles más excitantes ni de los primeros amores. Por supuesto, tampoco se espera algo así. Para llegar a una amplia calle que no pertenece a la ciudad costera, hay que empezar con un paseo bajo la lluvia. Llevar un paraguas y pasear hasta el momento en que se notan las gotas heladas en la nuca; entonces, hay que seguir caminando hasta olvidar el frío y empezar a sentirse ligero y transparente hay que arrastrarse por unos cuantos pasajes angostos y sinuosos dispuestos como una senda de tentación, a través de la cual sólo algunos alcanzan el cielo. Pero el cielo no estará tan cercano como quizá parece en esta frase.

Una tapia alta sólo permite ver el tejado y algunas ventanas. Es la villa de un antiguo político, y a lo largo de la pendiente, que no se ve porque se halla en el patio, está excavada una piscina en la que ahora caen las hojas. Enfrente de la villa, en realidad un poco más arriba, hay una casa cuya fachada ha empezado a caerse a trozos debajo de la ventana y, en lo alto, en la cornisa descascarillada, asoma el ladrillo rojo. Al final de esta calle se alza el convento de las monjas que cultivan rosas, y que en las tardes de estío se sientan fuera como hacen las matronas de zapatillas negras en algún lugar de Eslavonia.

En la casa sin canalón vive una señora, una mujer gorda que se pasa el día ordenando las cosas ya ordenadas y a la que le preocupa una grieta que ha aparecido en el dormitorio. Esa es la sensación que me dio cuando entré por primera vez en su hogar. Su bata salpicada de ceniza de cigarrillo permanecerá inalterable. No me fijé en el lado izquierdo de la calle y me detuve justo delante de su casa. Más tarde me enteré de lo de la piscina y las hojas. Apreté el botón de la placa oxidada y me alisé la americana. La señora apareció en la ventana de arriba. Tardó dos minutos en bajar a abrir la puerta.

—Creía que era usted mayor —dijo mientras yo iba tras ella.

—Antaño, ésta era la entrada del servicio, pase, pase —me señalaba las escaleras de cemento en las que estaban apilados jarrones con flores.

Iba delante de mí. No sé cómo podría pintarla. Unos meses después, me desperté por la noche y encendí la luz intentando cincelar su cara. ¿Qué más caracteriza a una mujer

gorda de sesenta y ocho años? Luego siguieron las visitas vespertinas. Después de la primera, se sucedieron otras.

Por la tarde. La segunda vez que fui, vi al final de la calle un minibús azul en el que entraban las monjas cantando, aunque de esto último no estoy muy seguro. Los recuerdos de mi infancia y de las historias de la isla me unen sentimentalmente a las religiosas. Rondaba los siete años y había cogido un buen resfriado bajo la lluvia. Tenía mucha fiebre que ni siquiera el unguento medicinal del siglo XVII pudo atenuar. Las monjas eran las únicas que ponían inyecciones en el pueblo. Una de ellas me la pusieron a mí. Después, cuando antes de dormir rezábamos juntos en familia, mamá siempre añadía mirándome: “Y ahora vamos a rogarte por nuestra buena hermana...” Mi madre decía su nombre, pero yo ya no me acuerdo. Pongo tres puntos, sin embargo en mi interior rezo: sor Magdalena, sor Agneza, sor Patricija, sor Ancila, sor Julijana.

—Son muy hacendosas —dijo la señora— y señalaba el convento mientras nosotros estábamos sentados a la mesa en una habitación luminosa.

—Esta época es cara para la gente corriente.

—Estamos sentados en la habitación preferida de mi marido. Fíjese usted en esa pintura de ahí arriba —apuntaba al techo con la taza—, descuidadamente pintada de color azul que a menudo le ponía furioso. Cuando murió, yacía ahí, justo donde está usted sentado ahora. No tema, no era la misma silla. Antes ahí había un canapé italiano; estaba acostado en él y nos costó mucho cerrarle los ojos. Miraba impotente hacia arriba, al techo azul. Nosotros también miramos arriba, al cielo.

—Señora —dije turbado—, ¿podemos ponernos de acuerdo?

Estaba sentado enfrente de ella, en una casa amueblada antes de la guerra con todo aquello que me produce sudor en las palmas de las manos. Me acuerdo de cosas, pero nunca del recuerdo de mi cuerpo. “Eso es porque mi marido no es pintor, joven”, diría la señora. Sólo me acuerdo de las superficies. Limpias, blancas y un poco húmedas porque no entiendo nada.

El marido es pintor. Es la tercera que vez voy a su casa, la casa de su padre. El origen de la familia del artista es incierto y turbio. Lo de *incierto y turbio* lo encontré en un panfleto que un antiguo amigo suyo escribió contra él. La causa de la pelea, según parece, fue la señora. Ella tenía entonces diecinueve años. El resto no me interesaba. Seguramente, los antepasados del pintor habían sido ricos. Uno de ellos no tenía cejas y eso se ocultaba con esmero en los retratos familiares, de manera que los malos pintores, en el lugar de las cejas, aplicaban un color negro muy espeso, tanto que parecían cerdas de jabalí. En la familia siempre había un hijo. El marido de la señora tenía encima de los ojos unas cejas espesas, frondosas, así que no era difícil deducir porqué ya en la escuela primaria lo llamaban Jabalí.

Él jamás pintó personas.

—¿Sabe usted? —dice la señora—, todo lo que le quedó a mi marido, y ahora a mí, es esta casa. Vivo arriba y la parte de abajo la hemos vendido.

Voy mirando los cuadros colgados en las paredes y la señora me acompaña, con los dedos quita de un marco una mosca muerta. Aquí hay muchas. Las partes de las piedras cubiertas por colores parecen moverse al sol de la tarde, como si fueran moluscos frescos. Estornudo varias veces y entonces, como suele decirse, todo resuena, prácticamente hasta el invernadero.

Ya no cuento mis visitas. De nuevo es por la tarde. Esta vez me esperaba con un vestido desteñido que tensaba sus pechos. El dobladillo estaba ribeteado por una cinta blanca deshilachada.

—Aquí vienen los que desean comprar algún cuadro. Rara vez me preguntan por mi marido. Es muy probable que les resulte incómodo. Lo mencionan a él cuando hablan de los cuadros, y a mí cuando preguntan el precio. Sabe usted, joven, disculpe que lo llame así, yo sé que la gente quiere los cuadros y estoy aquí para mostrarlos. Los que acuden suelen ser decentes. A veces alguien hasta trae café. Sin embargo, su llegada, la considero como la llegada del mercader al templo. Mire, vivo pobremente. Mi pintor, como lo designan, hizo pocos cuadros y vendió aún menos. Lo que cuelga aquí con tanta paciencia y lo que está arriba en el desván, es todo. No puedo venderlos así sin más. Mire usted, yo no los veo como cuadros. Ya le he comentado lo del templo. Aquí me acosté por primera vez con él. Aquí le gustaba comer, justo en esta

mesa a la que estamos sentados. Perdona que lo importune, joven. Sabe usted, yo lo llamo Él, como hacen las mujeres en algunos lugares de Bosnia cuando enviudan. ¿Sabe por qué? Porque temen que Él, muerto, vuelva. ¿Qué harían con el espíritu? Claro que es comprensible. Bueno, cuando hice la primera comunión, me enamoré del cura, y recé para que se me apareciera la *BVM*, la Bienaventurada Virgen María. ¿Es usted creyente?

—Sí —digo con poca convicción.

—Aquí está usted, joven —me contempla apoyada en el respaldo—, ya pensaba que no volvería a aparecer, como la Bienaventurada Virgen María. De hecho, ya no rezo. Guardo sus cuadritos como estampas de la *BVM* en los misales. Pero aquí vienen empresarios. Quizá he exagerado un poco. No obstante, imagínese a una mujer robusta con un bolsito negro y un misal, eso es todo. Bueno no quiero molestarlo más. He dicho que ya no rezo porque, a mis años, me daría mucho miedo. A lo mejor se debe a la proximidad del convento. Ni el demonio lo sabe.

Al marcharme y salir por el angosto patio, la señora me acompaña para cerrar la puerta.

—Señor —dice a través de la tapia—, usted no es empresario, usted es simpático como un hámster.

Cuando volví, lo hice con un ramo de flores. Tomamos té y mordisqueamos unas galletas envueltas en dorado papel crepitante.

—A usted le gusta mordisquearlas. Cuando muerde o cuando estornuda, me da la sensación de que toda esta planta resuena. Es usted muy acústico.

No voy a negar que pierdo la paciencia y que me molestan los apelativos, pero tengo que hacer el trabajo. Reúno valor.

—¿Podemos ponernos de acuerdo? Me gustaría ver al menos uno en mi casa.

Ella sonríe y se va. Así se acaba otra tarde.

—Hoy lo esperaba impaciente —la señora se levanta y se acerca a mí y a un armario. Saca un puñado de fotografías muy despacio, ni los latidos de mi corazón son tan lentos.

—Éste es mi marido. Cuando miro su foto, no necesito los cuadros. Quizá he mentido, hablaba de oraciones, pero lo quería a él.

Ante mí hay una serie de fotografías en blanco y negro y, sobre mí, la señora como un guía.

—Ésta soy yo dos días después del entierro. Estoy sentada en un sillón delante del invernadero. No me gusta mezclarme con la muchedumbre cuando estoy triste —como dijo mi hija.

No puedo hablar de todas las dificultades y tormentos que tuve que sufrir para comprar un cuadro. Junto con él, recibí tres pastelitos y la comparación con un hámster o con un saltamontes. El día de la compra fue una de las últimas visitas. Para poderlo adquirir tuve que hacer un marco idéntico al del cuadro que me llevaba. Al hacerlo, me corté un dedo. La señora dijo: “¿Ve usted esas grietas finas? Al principio no las había. Cuando desaparece un cuadro temo que se derrumbe la pared. El marco tiene que mantener el equilibrio del espacio y el peso de mis recuerdos. De lo contrario, todo se olvida rápidamente”. Ese marco, probablemente cuelga ahora en la pared y acumula todo el polvo del mundo que se posa sin piedad en las cosas y en las personas.

Los domingos, la señora que vive en la casa sin canalón no recibe visitas. Estoy en el balcón de mi villa, exactamente sobre la piscina en la que caen las hojas, y con un telescopio observo a la mujer gorda que corre las cortinas opacas y luego la penumbra se adueña de la habitación. Aunque no la veo, sé que está ordenando las cosas ya ordenadas y que al terminar apoyará suavemente la cabeza en el armario comprado en 1960. Es decir, cuando la señora apoya la cabeza, el color azul del techo empieza a titilar en la penumbra y, despacio, a veces hasta el amanecer, a bajar hacia el suelo. Eso sólo lo intuyo sentado en el escritorio. Continúo en el balcón, con el vientre asomando por la camisa como si me hubiera comido un cordero. Después, estúpidamente, comienzo a tirar guijarros a la piscina. Quiero hacer la rana, uno, dos, uno. A causa de la altura, las piedras se hunden enseguida. Cuando se hunde la última, desaparezo del balcón. Con ello se termina una tarde.